

CONGRESO DE TEOLOGÍA Y PASTORAL

Desafíos para la iniciación cristiana

Seminario Mayor de Bogotá
10, 11 y 12 de septiembre de 2007

Saludo del Rector del Seminario

El mundo urbano es, a la vez, misterioso y fascinante. Según se ha dicho, "los hombres producen su ciudad de la misma manera como la ciudad produce sus hombres... Si el hombre es a imagen de su ciudad, de la misma manera la ciudad es a imagen del hombre..., del hombre que ahí nace y ahí existe"¹ Por ello, la ciudad inspira comportamientos y sueños, pues ella tiene una inmensa capacidad de gobernar la imaginación, de segregar el propio imaginario del cual ella se reviste y por el cual ella significa.

La ciudad es un universo ilimitado de expresiones y manifestaciones del espíritu humano y, simultáneamente, una realidad que "naturalizante", es decir que "confiere una determinada naturaleza", es decir, que hace que los hombres que en ella nacen "sean en sus gestos, en sus andares y andanzas lo que la ciudad misma espera de ellos"².

Esto hace que las relaciones entre la ciudad actual, la fe cristiana y la Iglesia no sean nada simples. Los diversos papeles de la ciudad, el económico y el político, sus diferentes funciones, pues es a la vez mercado central, encrucijada cultural y lugar administrativo, no pueden no influir en el universo religioso, sea cual sea.

De modo particular, la ciudad interroga e impone desplazamientos a la Iglesia y a su acción pastoral. En principio, las prácticas pastorales deberían estar estrechamente unidas al urbanismo actual. Sin embargo, los interrogantes que de aquí se desprenden son múltiples y variados: ¿se trata de prácticas ajenas a la ciudad?, ¿o de prácticas fuertemente modeladas por la civilización urbana?, ¿o acaso se está ante prácticas que llegan a ser verdaderamente críticas frente a los usos y costumbres de la ciudad?

Si se trata de pensar un poco en las complejas relaciones entre la ciudad y lo religioso, las opiniones se multiplican y enfrentan.

Así, por ejemplo, hay quienes afirman que "los hombres han creado expresamente las ciudades según la imagen que ellos se hacían de Dios, de lo Sacro o del Cosmos"³. Más aún, parece que algunos estudios históricos confirman la tesis según la cual, con frecuencia, los centros urbanos primitivos se construyeron sobre un determinado lugar unido a una manifestación de lo sagrado; incluso se ha llegado a afirmar que, no raras veces, la ciudad apareció antes como un espacio religioso que como una realidad social, económica y política.

De todos es conocida la opinión que pregona que la ciudad moderna participa de forma frontal y decisiva en aquello que ha sido llamado por alguna corriente de sociología religiosa el "desencantamiento del mundo", con la impactante consecuencia de volver prácticamente caducas muchas de las expresiones religiosas actuales, especialmente las de la fe cristiana. En este orden de ideas, parece incontestable que hoy los nuevos espacios urbanos, en un trabajo permanente de "reconfiguración" y de "reestructuración" de todo lo que tiene que ver con ellos, dejan poco lugar para cualquier tipo de hegemonía, reivindicada por cualquier grupo religioso determinado.

¹ Mikel Dufrenne en su prefacio a la Pierre SANSOT, *Poétique de la ville*, Paris, Klincksieck, 1971. Las reflexiones aquí propuestas siguen de cerca algunos análisis de una importante obra colectiva (en la cual se encuentra la anterior citación de Dufrenne) dedicada al tema de la "Teología práctica": Jean-Guy NADEAU et Marc PELCHAT (dir.), *Dieu en ville. Evangile et Eglises dans l'espace urbain*, Textes du Congrès de la Société internationale de théologie pratique, Novalis, Cerf, Lumen Vitae, Labor et Fides, Quebec, 1998.

² *Ibid.*

³ Jean-Bernard RACINE, *La ville entre Dieu et les hommes*, Paris, Presses bibliques universitaires et Anthropos, 1993, 12

Por otra parte y de manera sorprendente, como si se tratara de la reacción de un cierto "subconsciente religioso", se asiste al nacimiento y a la proliferación de nuevas formas y expresiones religiosas en las ciudades, por no hablar de aquel fenómeno de aparición de nuevas "religiones sociales" engendradas por la misma civilización urbana y dotadas de sus propias mitologías y de sus ritos singulares. Se sabe que, incluso, se ha llegado a hablar de un cierto trabajo de "sustitución" que ha llevado a que los grandes cometidos de la ciudad (el económico, el político, el mercantil, el cultural y el administrativo) asuman ciertos rasgos "sagrados", por lo cual las comunidades tradicionalmente identificadas como religiosas aparecen como una realidad cada vez más ajena a la vida misma de la ciudad.

Esta cuestión de las relaciones entre el espacio urbano y el cristianismo no ha sido ajena a la reflexión de los teólogos. Algunos de ellos, deseosos de evitar unir sus voces a aquel pregón que anuncia la progresiva desaparición de lo cristiano en el mundo urbano, han querido encontrar una pista y una vía de reflexión en la tesis que sostiene una clara y neta distinción entre la fe cristiana y lo "sagrado" o, dicho escuetamente, lo "religioso". Según esta tesis, el cristianismo, por su origen marcadamente evangélico o kerygmático, sería más una fe que una religión. La consecuencia que se quiere derivar no es desprovista de importancia: el cristianismo, al distanciarse explícitamente del "mundo sagrado", estaría más cerca de lo profano y, por lo mismo, se encontraría en todos los lugares donde se verifica el encuentro entre los seres humanos. De esta manera, el papel de la Iglesia no consistiría tanto en buscar ser una comunidad paralela, sino en proponer prácticas alternativas en el corazón mismo de la ciudad.

En nuestro actual mundo urbano no deja de ser provocadora la tesis, o por lo menos la cuestión, que se pregunta si acaso el evangelio no es una herencia del mundo rural y de una mentalidad arcaica.

Pero, de la misma manera, no deja de ser fuertemente sugestiva aquella otra tesis según la cual si es cierto que el evangelio se presenta frecuentemente como una obra rural, su soplo corresponde más a la dinámica urbana, aquella donde el Dios de Jesucristo se manifiesta no tanto a través de la naturaleza sino a través de las relaciones humanas.

En consecuencia, si la ciudad obliga a multiplicar los vínculos de unos con otros no sería descabellado pensar y anhelar que, en el corazón de las ciudades, esos vínculos puedan establecerse también con el Dios del Evangelio, así los hombres de la ciudad no sean suficientemente afectados por la interpelación de la parábola del "buen samaritano" o aquella la del "juicio final" (del capítulo 25 de Mateo).

En realidad, al Evangelio no le son ajenas muchas realidades que tienen que ver con el "mundo urbano", a saber: "conglomerados", "anonimato", "culturas", "subculturas", "ciudadanos", "movilidad", entre otras.

Incluso, el Nuevo Testamento, de manera audaz, invita a pensar la ciudad como espacio para la realización del sueño de felicidad que alienta el corazón humano, tal como lo sugiere la imagen bíblica del Apocalipsis cuando hace soñar a los cristianos con la nueva Jerusalén.

El Evangelio se preocupa directamente por la ciudadanía, fundando la posibilidad y la urgencia para las comunidades cristianas de ser significativas en el espacio urbano.

La fe cristiana propone una voz y un camino que, aunque frecuentemente ignorados y subestimados, no son ajenos al arte de vivir en sociedad, a una manera de organizar las múltiples facetas de la vida en común en el espacio de la ciudad.

En el marco de estas preocupaciones, que tienen que ver con la seria cuestión del anuncio y de la vivencia del evangelio en la ciudad, se ha querido preparar, desarrollar y proyectar el actual "Congreso de Teología y Pastoral" que inaugura hoy el Seminario Mayor de Bogotá.

Encuentro especialmente sugestivo, para la apertura de este Congreso, aquello que narra el libro de los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 18. El testimonio acerca de Pablo es sumamente rico. El apóstol desarrolla su ministerio en el corazón de las ciudades. De Atenas se desplaza a Corinto. Allí se encuentra con algunos judíos expulsados de otra gran ciudad, Roma, por orden de Claudio. Allí se integra a un grupo con quien comparte los conocimientos de un determinado oficio, hacer tiendas y reparte su tiempo entre el trabajo y las discusiones en la sinagoga, buscando persuadir a judíos y a griegos. Pablo conoce dificultades y oposiciones. Incluso es llevado ante el tribunal, acusado de persuadir a los hombres a que adoren a Dios en forma contraria a la ley. Dato

curioso, esta polémica, que consiste en simples asuntos de palabras y de nombres, es considerada por Galión, procónsul de Acaya, como cosa insignificante por no tratarse de cuestiones de injusticia o de crímenes. Pablo, luego de permanecer durante mucho tiempo en Corinto, se embarca hacia Siria, pasa por Cencrea, llega a Éfeso, de donde continúa para Cesarea, sube a Jerusalén, desciende a Antioquía, desde donde sale a recorrer ordenadamente la región de Galacia y de Frigia, con la intención de fortalecer a todos los discípulos.

Durante su permanencia en Corinto es interesante constatar cómo, fruto de su ministerio, los lazos se multiplican, pues cada vez son más los que participan de la misma fe (Ticio Justo, que adoraba a Dios, cuya casa estaba junto a la sinagoga, Crispo, el oficial de la sinagoga, que cree en el Señor con toda su casa, y muchos de los corintios, que al oír, creían y eran bautizados). La llegada de algunos de sus compañeros permite a Pablo, por una obra de participación y de responsabilidad compartida, dedicarse por completo a la predicación de la palabra, testificando solemnemente a los judíos que Jesús era el Cristo.

Pero no se puede pasar por alto la alusión del texto bíblico a la visión del Señor que tiene Pablo y que viene a confortar al apóstol: "No temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo y nadie se atreverá a hacerte daño; muchos de esta ciudad son pueblo mío" (Hechos 18, 9-10).

Sí, hoy como en los tiempos de Pablo, es preciso afirmar que "muchos de esta ciudad son pueblo suyo (del Señor)", empezando por quienes estamos aquí reunidos. Por todos ellos, es preciso dejar de lado el temor, seguir hablando, sin callar, buscando los medios más adecuados para que el Evangelio de Jesucristo no se silencie en medio de tantas voces que se multiplican en la ciudad. Será esta otra manera de formular, desde la Palabra de Dios, el tema del presente Congreso: "¿Cómo hacer cristianos hoy en Bogotá?".

Como Rector de esta casa de formación sacerdotal, que busca adecuar su propuesta formativa "de tal manera que el ejercicio del ministerio sacerdotal responda a las nuevas exigencias de la cultura que emerge en la ciudad" (Cf. Plegable informativo del Congreso), expreso mi sincera gratitud a todas las personas que han hecho posible la preparación, difusión y realización de este encuentro y doy mi más fraternal bienvenida a todos los participantes.

Que el verso bíblico que preside la fachada de nuestro Seminario, "El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor" (Salmo 111, 10) haga eco a otro verso sagrado, del libro de los Proverbios, "La sabiduría ha edificado su casa, ha labrado sus siete columnas" (Proverbios 9, 1). De esta manera, que el Seminario Mayor, que hoy nos acoge, trate de asemejarse a esa casa que la sabiduría se ha construido y que procure ser un verdadero foco de reflexión donde y desde donde se busquen los caminos para que muchos de esta ciudad descubran que son pueblo del Dios vivo que, en Jesucristo, ha decidido plantar su tienda entre nosotros.

P. Luis Augusto Campos Flórez
Rector

10 de septiembre de 2007